Eduardo Frei Montalva a los jóvenes: lecciones para el futuro

Análisis del Gobierno de la Democracia Cristiana

1964|1970

CASA MUSEO EDUARDO FREI MONTALVA

FUNDACION EDUARDO FREI

KONRAD ADENAUER STIFTUNG

EDUARDO FREI MONTALVA A LOS JÓVENES: LECCIONES PARA EL FUTURO

ANÁLISIS DEL GOBIERNO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA 1964 | 1970

Esta edición actualizada de *Eduardo Frei Montalva a los jóvenes: lecciones para el futuro*, se enmarca en la conmemoración de los 40 años de la muerte del Expresidente Frei Montalva.

Agradecimientos al Archivo Fotográfico Casa Museo Eduardo Frei Montalva.

© Konrad Adenauer Stiftung
Enrique Nercaseaux 2381, Providencia
Santiago, Chile.
Tel: (56-2) 2234 2089
fkachile@kas.de

ISBN: 978-956-7684-38-0

Esta publicación de la Konrad-Adenauer-Stiftung e.V. tiene por objetivo único el de proporcionar información. No podrá ser utilizada para propósitos de publicidad electoral durante campañas electorales.

ÍNDICE

07 Nota inicial

09 Presentación
Andreas Klein, representante de la Fundación Konrad Adenauer en Chile

17 Presentación
Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Expresidente de la República de Chile

29 Reedición de la publicación de 1996

37 Lecciones para el futuro
Eduardo Frei Montalva, enero de 1980

63 Apartado
Frei entra en la Historia
Jorge Millas

NOTA INICIAL

Este libro es la reedición de aquel que publicara en 1996 la Editorial Atena y con el cual se recordó el aniversario de la muerte de Frei Montalva evocando su pensamiento y perspectiva política.

Hoy, al conmemorarse 40 años de su partida, rescatamos la conversación que en 1980 sostuviera Frei con un grupo de jóvenes democratacristianos que asistían a una de las escuelas de verano organizadas por el partido. Eran estudiantes y trabajadores de la ciudad y el mundo rural que encontraban aquí una formación política para ser actores de la democracia. En esa oportunidad, Frei analizó el gobierno de la Democracia Cristiana (1964-1970) y recordó las claves de su mandato, inédito en avances sociales; destacó la importancia del desarrollo económico y de la apertura internacional. Habló del rol de los partidos y la democracia, y lo hizo con la perspectiva de quien piensa, más que en un gobierno, en un país. Su mensaje es un testimonio histórico de gran vigencia.

En la presente edición se han incorporado las presentaciones del Representante de la Fundación Adenauer, Andreas Klein, y del Expresidente de la República, Eduardo Frei Ruiz-Tagle.

«No hay tarea más difícil en el mundo que la realización de la revolución en libertad»

PRESENTACIÓN

UN PAÍS EN MOVIMIENTO

Este año conmemoramos el 40.º aniversario de la muerte de Eduardo Frei Montalva, el gran democratacristiano y estadista chileno, 27.º Presidente de Chile entre 1964 y 1970. Al mismo tiempo, la Fundación alemana Konrad Adenauer celebra el 60.º año de su cooperación internacional, que tiene sus raíces en Chile en 1962 y está estrechamente vinculada al ascenso del Partido Demócrata Cristiano (PDC). No es casualidad que la primera oficina exterior de la Fundación Konrad Adenauer (www.kas.de) en el mundo se abriera en Santiago de Chile en 1964, cuando Eduardo Frei Montalva fue elegido Presidente de la República. Hoy, en 2022, la Fundación Konrad Adenauer tiene oficinas en 120 países de todo el mundo, promoviendo la democracia y el Estado de derecho a través de sus proyectos y fomentando el concepto de economía social de mercado, así como el diálogo entre los pueblos. Incluso después de sesenta años, Chile sigue siendo un lugar importante para la Fundación en la región sudamericana.

Cuando el democratacristiano Eduardo Frei Montalva asumió la presidencia en Chile, su política de reformas puso sin duda en marcha un proceso de cambio. Esto se reflejó en la reestructuración de las instituciones estatales y el establecimiento de nuevas estructuras sociales. El objetivo era establecer una sociedad más justa, libre y moderna mediante una revolución pacífica de inspiración cristiana («Revolución en Libertad»). Al final de la presidencia de Frei, en 1970, el país había adquirido nuevos contornos y experimentado una nueva forma de convivencia mediante el fortalecimiento de las estructuras sociales.

Chile se convirtió en un país de asociaciones, sindicatos, cooperativas, comunidades de vecinos, grupos de autoayuda, a los que se les encomendó la tarea de actuar como vínculo entre el ciudadano y la nación.

El programa del gobierno de Frei estaba bien pensado. Especialmente los planteamientos políticos para la modernización del país fueron de gran actualidad. El PDC había diseccionado cuidadosamente la modernidad y reconoció que en todo el proceso intervenían muchos engranajes diferentes y que todos debían ponerse en marcha si Chile quería dejar atrás el atraso. El país se hizo más justo, más libre y más moderno.

Animado por el éxito en las elecciones generales de abril de 1965, en las que el PDC obtuvo casi un millón de votos (43,6 %), el gobierno animó a la población a participar directamente en el proceso de transformación. Chile se convirtió en una gran obra en construcción. La participación voluntaria fue la base. El entusiasmo por la Revolución en Libertad fue especialmente grande entre los jóvenes, que participaron activamente en la transformación social. Miles de estudiantes formaron parte de la construcción de escuelas en todas las regiones, en «pueblos remotos, en las bahías de los pescadores, en los rincones apartados de las montañas». Los jóvenes ayudaron a los agricultores en los campos, participaron en las obras de construcción de edificios sanitarios y comunitarios, de pistas de aterrizaje y de secado de algas, y enseñaron en las escuelas de verano. Por último, los jóvenes participaron en la asistencia sanitaria, prestaron asesoramiento jurídico en distritos socialmente desfavorecidos y ayudaron a construir centros deportivos, clubes juveniles, coros y bibliotecas. En otros proyectos, los jóvenes trabajadores y los campesinos se unieron en el programa nacional de forestación.

Sin embargo, los jóvenes no solo estaban llamados a contribuir al desarrollo de las infraestructuras, sino que eran ellos mismos el centro para asegurar el futuro del país. La educación recibió un impulso extraordinario durante la presidencia de Frei. El Estado gastó alrededor del 7 % de su presupuesto en asuntos educativos en 1964, y más del 23 % en 1970. Durante este período se construyeron más de 3.000 nuevos colegios. El número de estudiantes de secundaria pasó de 139.000 a 332.000 en seis años, y el de universidades de 35.000 a 79.000. Al final del gobierno de Frei, unos 2.700.000 jóvenes cursaban estudios. La tasa de analfabetismo bajó del 16,4 % al 11 %.

El rasgo más significativo del gobierno de Frei fue el fortalecimiento de la conciencia de modernidad, que todos los gobiernos posteriores supieron aprovechar. De esta idea surgió el esfuerzo por dotar a todo el país de una infraestructura moderna, haciendo hincapié en las zonas que no estaban en el mapa, las zonas rurales, los asentamientos urbanos marginales y los barrios vulnerables.

Incluso antes de su presidencia, el democratacristiano había dado a conocer Chile al mundo con sus viajes a Europa y Estados Unidos y, a la inversa, llevó el mundo a Chile. Esto era necesario para que una nueva comprensión económica y política de los acontecimientos mundiales pudiera crecer en el país andino. La reputación de Chile en el mundo y las numerosas conexiones internacionales llevan hasta hoy la firma de Frei.

Durante la dictadura de Augusto Pinochet, Eduardo Frei se convirtió en el opositor más importante del régimen. En su escrito *Futura institucionalidad de paz* (1977), Frei comentó el proyecto constitucional que se venía gestando desde 1973 bajo la presidencia de Enrique Ortúzar,

con el cual el gobierno militar quería asegurar permanentemente su poder. En este documento el democratacristiano dijo que con la reintroducción de la democracia la formación de una nueva constitución sería obligatoria. Sin embargo, no debe romper con la tradición constitucional del país, es decir, las constituciones predecesoras de 1833 y 1925 deben servir de base para la nueva. Lo que se ha conocido hasta ahora debe mejorarse y modificarse para atreverse con más democracia. Hay que perfeccionar las instituciones ya existentes y crear otras nuevas.

Con el telón de fondo de la actual discusión constitucional en Chile en 2022, se trata de una idea de gran actualidad que demuestra una vez más el valor de examinar el pensamiento y los escritos de este político clarividente incluso 40 años después de su muerte.

Ya entonces, Frei se pronunció explícitamente a favor de una constitución liberal, que debería ser elaborada por una asamblea constituyente representativa y luego adoptada por un plebiscito democrático. El democratacristiano Frei no quería una gran ruptura democrática. Sin embargo, se preguntó si el sistema presidencialista no debería ser sustituido por un sistema parlamentario. El poder, dijo, debe repartirse entre todo el país y, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, el presidente debe ser liberado de parte de la carga mediante la descentralización.

Durante 1980, período de recrudecimiento de la dictadura de Pinochet, la voz de Frei siguió escuchándose. En enero de ese año, participó en una de las jornadas de verano para la formación política de jóvenes trabajadores y estudiantes de la JDC. En su conversación con esos jóvenes, Frei recorre hitos clave de su gobierno, desde el inédito ejercicio de creación del programa, pasando por desafíos estratégicos como la educación, salud, desarrollo comunitario, industrialización. Quien fuera el primer presidente en hacer una gira internacional a Europa también expuso lecciones aprendidas durante todo ese proceso. Entre ellas, la necesidad de contar con un partido consolidado y unido en torno a propósitos e ideales que se materialicen en propuestas. También adelanta, con lucidez, el camino para la restauración de la democracia en Chile.

La Fundación Konrad Adenauer y la Fundación Eduardo Frei reeditan ese encuentro de Frei con los jóvenes en esta publicación. Transmiten aquí la vigencia de un pensamiento que ve en la democracia, los partidos políticos y el ideario de justicia y libertad, el camino para el desarrollo de la nación.

Ese mismo año de 1980, la voz de Frei volvió a escucharse en un histórico momento: el discurso en el Teatro Caupolicán. Después de que el 10 de agosto la junta militar anunciara la elaboración de la Constitución, convocó un plebiscito para el 11 de septiembre de ese año. El régimen no dio a la oposición la oportunidad de presentar sus puntos de vista en los principales medios de comunicación del país. Solo les concedió un acto para una reunión pública en el venerable Teatro Caupolicán de Santiago el 27 de agosto.

Hablamos de la vigencia del pensamiento de Eduardo Frei a 40 años de su muerte. Lo que Frei planteó en su encuentro con los jóvenes y más tarde en el discurso del Caupolicán, mantiene su valor en el Chile de 2022. Los antecedentes no pueden ser más actuales. Una mirada al discurso de Eduardo Frei del 27 de agosto de 1980 vale la pena no solo para las mujeres y hombres constituyentes de hoy, que están redactando un texto constitucional bajo gran expectativa del pueblo chileno, sino especialmente para quienes, por la gracia de su nacimien-

to tardío, crecieron en un Chile democrático y libre después de 1990. En su discurso, Frei destacó la tradición democrática de su país, basada en los logros de la libertad, el Estado de derecho y la tolerancia social.

Aunque el gobierno militar ganó el plebiscito del 11 de septiembre, la reunión en el abarrotado Teatro Caupolicán marcó un punto de inflexión histórico. Siete años después del violento derrocamiento de la democracia, una oposición ampliamente unida vio la oportunidad de sacudir la dictadura con el poder de la palabra. Sin embargo, tuvieron que pasar ocho años más para que el pueblo chileno se liberara del yugo del régimen militar en el plebiscito de 1988. Las circunstancias del plebiscito eran similares, pero el gobierno de Pinochet se había agotado tras 15 años de régimen autoritario. La libertad había triunfado.

Con la campaña del «No», Chile se sitúa entre los enormes movimientos democráticos Solidarność, la revolución de los cantos o la caída del Muro de Berlín en Europa Central y del Este, cuando los polacos, los bálticos y los alemanes orientales lucharon pacíficamente por su libertad y anunciaron con su coraje el punto de inflexión histórico en la década de 1980.

El objetivo de esta publicación es dar a conocer la visión sobre la cual se construye este logro histórico y transmitirlo a la siguiente generación como parte significativa de la historia de Chile. Las palabras de Frei en 1980, en su encuentro con los jóvenes y en la asamblea del Teatro Caupolicán tienen sin duda su lugar histórico en la gran historia de la democracia y la libertad de Chile.

Andreas Klein

Representante de la Fundación Konrad Adenauer en Chile

Presentación

No se podría entender la vida política de mi padre sin la presencia de los jóvenes en dos etapas. Primero con sus compañeros de ruta en la universidad y en la Juventud Conservadora, y luego ya como un político más maduro hablándoles a los jóvenes de Chile y convocándolos para que se sumen a las grandes tareas de la patria.

Este rasgo que distinguió su vida pública se presentó desde el principio de su trayectoria cuando siendo muy joven se involucra en política. Y cada vez que se nombra a Eduardo Frei, también se habla de su generación, porque no se trataba de un caudillo personalista que empujara un proyecto de egolatría personal, como muchas veces ha ocurrido en América Latina. Ninguna de las grandes tareas de la teoría y la práctica de esa construcción política y social, es la de un hombre solo. Siempre aparecerán sus contemporáneos, como Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, Manuel Garretón, Tomás Reyes, Ignacio Palma, Pedro Jesús Rodríguez, Ricardo Valenzuela y tantos otros que formaron parte de esa aventura común.

Eduardo Frei Montalva fue uno de los más grandes líderes políticos chilenos del siglo XX. Representó la conjunción entre el pensamiento humanista cristiano, el progresismo social, la fuerza de los sectores medios en la política chilena, una acendrada ética pública, una sólida fe democrática y una seriedad y profundidad intelectual que lo harían merecedor de un prestigio que trascendió las fronteras y que lo inscribe con propiedad como un estadista latinoamericano.

Para la generación de jóvenes que actuaron junto a mi padre, inspirados en la sensibilidad por el bien público, la hora de la meditación y el silencio debía transformarse en una inquietud viva, que animara

una vanguardia para el necesario cambio social que enfrentaba Chile a comienzos del siglo pasado.

Esa vocación profunda por el bien común reflejaba la fuerte influencia que el socialcristianismo, ya desde mediados del siglo pasado, era capaz de ejercer sobre los jóvenes, favoreciendo su educación cívica y su formación moral sobre la base de un compromiso social genuino, enriquecido por los imperativos de la doctrina social de la Iglesia. En una palabra, se trataba de motivar el surgimiento de un laicado dinámico, entusiasta, orgánico y más comprometido con una política del humanismo cristiano.

Frei ingresó a la universidad en un momento de profunda convulsión para una sociedad con características oligárquicas y conservadoras. Sus estudios universitarios ocurrirán durante la dictadura del general Ibáñez del Campo. También en aquel momento se producía, en el campo de las ideas católicas, la confrontación entre los partidarios del catolicismo conservador y aquellos que, impulsados por las exigencias éticas de la fe, demandaban la responsabilidad social del catolicismo. Estos últimos recibieron un fuerte respaldo con la encíclica de Pío XI, *Quadragesimo Anno*, publicada en 1931, y que contó con el rechazo del Partido Conservador.

En este clima, y ya desde sus primeros años de universidad, Frei participó activamente en un círculo de estudios denominado «Reuniones de los Lunes», dirigido por el sacerdote Fernández Pradel y que se dedicaba a analizar libros sobre temas sociales, filosóficos y económicos. En este grupo también participaban Alejandro Silva Bascuñán, Manuel Francisco Sánchez, Ignacio Palma, Jorge Rogers y Julio Santa María. Todos ellos menores de 25 años.

También fue clave en la formación de Frei la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC). Esta organización, que existía desde 1915, bajo la orientación del padre Oscar Larson, se convirtió en un centro de estudio social y formación moral y espiritual. La idea de Larson era moldear una elite de talentosos jóvenes intelectuales cristianos provenientes de las universidades Católica y de Chile, que se caracterizaban por su sensibilidad ante los problemas sociales.

En 1930, el estudiante de derecho Bernardo Leighton encabezó la ANEC y para fortalecerla invitó a los estudiantes de las Reuniones de los Lunes a integrarse. El encuentro con Leighton fue particularmente significativo para Frei. Leighton dirigió la ANEC y fue presidente del Centro de Alumnos de Derecho de la Universidad Católica, y por su amistad con Rafael Agustín Gumucio, hijo del líder del Partido Conservador, Rafael Luis Gumucio, fue clave en el posterior acercamiento de los jóvenes católicos a la actividad política. Fue el inicio de todo.

Ese período de formación Frei después lo considerará una etapa germinal que evitará que la acción política sea un activismo vacío desprovisto de fundamento.

Frei y sus compañeros estaban convencidos de que la única forma de combatir los males que afectaban a Chile sería creando un movimiento político poseedor de un claro y preciso programa de acción social y económica, tendiente a enmendar las grandes debilidades de la población. La existencia de partidos políticos capaces de defender los intereses del espíritu era para el novel político un bien imprescindible. Un partido capaz de hacer obra patriótica y obra católica, un partido cuyo resorte fuera su espíritu cristiano, respaldado, especialmente, por la lucha de los jóvenes.

La idea era promover un «orden chileno» sobre la base de una total renovación de la democracia. Ello exigía recuperar la fe en la cultura intelectual, teniendo siempre presente el valioso pasado histórico al que ningún pueblo sensato puede renunciar. «La primacía del espíritu, la armonía en la acción y en el plan de gobierno, el culto de lo nacional, el sentido de la justicia y de la responsabilidad social, el respeto a la dignidad del hombre serán nuestras contribuciones para el nuevo orden chileno», escribiría Frei en la *Revista Lircay* en 1937.

En 1931 participó junto con su generación en las manifestaciones estudiantiles contra la dictadura de Ibáñez, las que desembocaron en masivas protestas populares y en la caída del gobierno en julio de 1931, y posteriormente incursionó por primera vez en política, sin militar aún en ningún partido, al participar en el sur del país en la campaña electoral de Esteban Montero, quien fue elegido Presidente de la República. Después de estos acontecimientos y cuando cursaba el quinto año de la carrera, Frei fue elegido presidente de la ANEC.

Estos jóvenes estaban inquietos por la dura realidad que vivía Chile y, en una cualidad que los acompañaría siempre, no transarían sus ideales. Las elecciones presidenciales de 1938 marcaron el definitivo alejamiento de la juventud conservadora agrupada en la Falange Nacional del partido que los cobijaba.

En efecto, a propósito de las candidaturas presidenciales, la Falange se opuso a la postulación presidencial de Gustavo Ross, exministro de Hacienda, por estimar que carecía de sensibilidad social y manifestaba una evidente inclinación arbitraria y personalista. Ante la insistencia del Partido Conservador por llevarlo como abanderado, la Falange decretó libertad de acción para sus militantes. La derrota de Ross ante Pedro Aguirre Cerda, abanderado del Frente Popular, integrado por el Partido Radical, el Partido Socialista y el Partido Comunista, fue traumática para los sectores católicos conservadores.

Se temió un ambiente anticlericalista como el vivido por entonces en España y ello fue un acicate para culpar a la Falange Nacional por la derrota del abanderado derechista. El Partido Conservador decidió reorganizar la Falange en noviembre de ese mismo año, a lo cual esta se opuso y con ello se selló la ruptura definitiva.

Los jóvenes católicos pertenecientes a la Falange, que tenían como base teórica y moral la Doctrina Social de la Iglesia, quedaron en una difícil situación con la ruptura. La derecha los consideró traidores. La izquierda desconfiaba de su vocación progresista y social, y la Iglesia permanecía en una posición tradicionalista, por lo que no contaban con su apoyo.

Esta delicada condición se reflejó en los resultados de las primeras elecciones a los que se presentó la Falange como fuerza política independiente, las parlamentarias de 1941, en la que obtiene un escaso 3,5 % y logró solo tres escaños: Radomiro Tomic en Iquique, Manuel Antonio Garretón en Santiago y Raúl Le Roy en Valparaíso.

Pero las dificultades para los jóvenes falangistas no solo eran de índole política. Frei, por ejemplo, debido a la ruptura con los conservadores, tuvo que dejar sus clases universitarias, como también fue obligado a interrumpir sus colaboraciones para *El Diario Ilustrado*. Otros pasaron por problemas parecidos. Tiempos de esfuerzo y escasez se avecinaban.

En este contexto, Frei y sus compañeros se pusieron en marcha. Estaban llamados a ser protagonistas en toda su vida política, pero lejos de ser un mero artilugio artificioso, esta convocatoria se hizo

carne, pues se consideraban la esperanza del futuro de Chile y se veían como depositarios de importantes responsabilidades.

Había llegado el momento de convencer y convocar. Frei comenzó a reorganizar la Falange Conservadora y a dar charlas doctrinarias a los jóvenes de distintas partes, las que siempre tuvieron una generosa respuesta. Fue así como los jóvenes se le comenzaron a acercar y se unieron con entusiasmo a sus exitosas campañas al Senado, representando a las agrupaciones provinciales de Atacama-Coquimbo (1949) y Santiago (1957), así como también con miras a las elecciones presidenciales de 1958 y 1964, resultando vencedor en esta última. La noche en que fue elegido Presidente de Chile se acordó de ellos y les dijo: «Aquí tienen un lugar de privilegio la juventud... Los llamamos para esta tarea en plena libertad» (*En vez de la miseria*, Jorge Ahumada).

A lo largo de la campaña mi padre los llamó a ser parte de la revolución que venía y ya investido como Presidente de la República asumió un intenso diálogo con la juventud chilena, sin importar sus orientaciones políticas y religiosas, en todas las regiones, ciudades y campos. Siempre los admiró por la energía que proyectan, su amor por lo nuevo, su pasión por la libertad y por encontrar causas justas a las cuales dedicar su vida. Por esto los convocaba a ser una generación amante de su país, colaboradores en la construcción del mañana que les pertenece.

Frei les decía que pensaran en la gran familia que es Chile, de manera tal que ubicaran sus aspiraciones en un horizonte más grande. Los invitaba a preguntarse ¿cómo puedo servir a mi país? ¿Cómo puedo ser más generoso con esta comunidad? Era su forma de estimularlos para que se involucraran y decidieran trabajar por el cambio. Pero introducir cambios no podía ser el fruto de una conciencia aislada, sino que se requerían grandes comunidades para hacer este giro. En otras palabras, hablaba de una marcha que renovara profundamente nuestra sociedad.

Sabía que su Revolución en Libertad no era viable sin los jóvenes. Chile exigía cambios y aún no se recuperaba de tantas heridas acumuladas en décadas de frustraciones, donde los sueños fueron históricamente excluyentes y sectarios. Por eso consideraba que era urgente compartir un sueño que movilizara a todos los chilenos hacia el futuro, especialmente a la juventud. Decía que no podían quedarse dormidos y que se necesitaban canales positivos, anclados en nuestra historia y abiertos hacia el futuro, por donde pudieran expresarse las energías de este pueblo joven.

Mi padre los motivaba y los convocaba, pero también les exigía. Les pedía entregar calidad y excelencia a nuestra patria, y hacer las cosas de la mejor manera posible. Les decía que buscar la excelencia demanda dar lo mejor de nosotros mismos. Siempre les recordaba que la democracia no es solo un régimen político en el que se debe ir a votar cada cierto período, sino que es un régimen de excelencia de cuidar a nuestro país, a nuestros adultos mayores y enfermos; de ser rigurosos en nuestras tareas cotidianas, de ser respetuosos con nuestra comunidad, de ser solidarios especialmente con aquellos que tienen menos oportunidades. Es, en definitiva, un camino de servicio a los demás.

Ideas, conceptos y valores que fueron cimentando este vínculo entre Frei y la juventud chilena. Pero, sin duda, hubo un momento estelar que selló la profundidad de esta relación. En un acto político sin precedentes en la historia de Chile, el domingo 21 de junio de 1964 Santiago despertó con miles de personas movilizándose. Era el día de la Marcha de la Patria Joven, una movilización nacional que convocó a más de 300.000 jóvenes que avanzaron hacia la capital desde regiones del sur

y del norte de Chile, para dirigirse al Parque Cousiño —actual Parque O'Higgins—, a reunirse con Eduardo Frei Montalva.

En el encuentro, el entonces candidato presidencial les saludó emocionado:

> Pueblo de Chile: como en las antiguas gestas del descubrimiento de Chile, hemos tomado posesión de nuestra Patria, en este gran abrazo del Norte y el Sur. Ustedes, jóvenes que han marchado, son mucho más que un partido, son mucho más que un hecho electoral. Son verdaderamente la Patria Joven que se ha puesto en marcha.

Era su segunda campaña presidencial y el líder de la Democracia Cristiana, que aparecía como favorito, esperaba ganar la contienda. Y este evento multitudinario dio, sin duda, un claro pronóstico de lo que podría suceder en septiembre frente a las urnas.

La idea era juntar en este acto de campaña a militantes y simpatizantes provenientes de las diversas regiones en el centro de la capital. La organización basada en este sistema de postas, implicaba, por ejemplo, que desde los extremos de Chile, como Punta Arenas, un grupo viajaba en barco con escala en Aysén para sumar adherentes y llegar a Puerto Montt. Allí, los jóvenes entregarían la tarea de continuar a los puertomontinos, recorriendo zonas y sumando gente de Puerto Varas, Purranque, Río Negro, etcétera, hasta Osorno. Y mientras los de Puerto Montt hacían este viaje, los puntarenenses volvían a sus tierras, lo que luego sucedería con los de Puerto Montt, al ver salir a las personas desde Osorno. Lo mismo para el norte del país.

Estos grupos de jóvenes que viajaban portando banderas chilenas, pancartas y afiches de su candidato eran recibidos con alegría por los habitantes de pueblos y ciudades. Y a pesar de que la idea original era que un grupo relevara al siguiente, muchas personas decidieron caminar cientos de kilómetros hasta llegar a Santiago, como una clara demostración de apoyo a Frei.

El día de la convocatoria, el futuro Presidente de Chile dio uno de sus discursos más recordados en uno de los actos políticos masivos más multitudinarios de la época:

> Ustedes nos traen un mensaje. Vamos a construir una nueva patria. Ahí está la tierra y el artesano. Ahí está nuestro Chile, en una nueva expresión de solidaridad humana y de justicia social. Ese es el mensaje de ustedes, mensaje que no nace de ningún mandato de afuera, sino que resuena en los pasos de nuestros propios pies, sobre nuestro propio suelo chileno. Por eso ustedes están aquí y han traído no solo el mensaje de la tierra, la montaña y el mar. Han traído también el clamor de la gente de Chile. [...] Ustedes son la respuesta, son el mensaje, son el clamor de Chile. Este movimiento y este hombre que está aquí para hablarles, representan la realización de grandes tareas en el porvenir de la patria. Tareas que significan una revolución en libertad. Una transformación profunda de Chile. Respaldada por la presencia de ustedes, nunca como ahora mi voz ha tenido una autoridad, porque es la voz del pueblo de Chile.

De igual modo, les pidió integridad en su trabajo político:

> La juventud no solo es entusiasmo. Para que la juventud pueda significar algo para el país, tiene que tener el corazón limpio y puro. Una alta moral está pidiendo Chile. Está cansado de ver cómo algunos lucran y se aprovechan. La gente quiere honestidad en la dirección. Por eso mismo, ustedes, jóvenes, mantengan su corazón limpio. Así

> servirán a su partido. Así servirán a su patria. Tengan ustedes no solo gritos. Sean portadores de un mensaje. Tengan ideas en la cabeza y no solo entusiasmo, porque así marcarán siempre el rumbo.

La historia está escrita. Frei ganó en primera vuelta con la mayor votación de la historia de nuestro país. Llegó a La Moneda acompañado del pueblo de Chile para impulsar el más amplio programa de transformaciones que haya realizado gobierno alguno. Reforma agraria, reforma educacional, construcción de habitaciones para obreros, chilenización del cobre, aumento de las exportaciones, programa de salud, promoción popular, reforestación, salarios concordantes con el aumento del costo de la vida y tantas otras iniciativas como la creación de Televisión Nacional de Chile y Entel, y la construcción del Metro fueron llevadas adelante sin dudas ni transacciones.

Al terminar su gobierno, el Presidente Frei supo valorizar y agradecer la colaboración tan eficiente que decenas de jóvenes profesionales y técnicos le prestaron durante su mandato e incluso antes, en la preparación de su programa de gobierno y en su campaña electoral. Varios de ellos terminaron siendo ministros, subsecretarios o jefes de servicio. Frei supo apreciar el mérito e importancia del papel cumplido por cada uno de ellos en la gran tarea de impulsar la Revolución en Libertad.

Me asiste la convicción de que el núcleo de esta relación de mi padre con los jóvenes, fue que estos vieron en él una notable coherencia entre la fidelidad doctrinaria y la adaptación programática. Siempre vieron en Frei la infatigable lucha por los valores de la libertad y la justicia, la defensa de la democracia y de la libertad, la condena a los fascismos y a las dictaduras de todo tipo, el rigor de la fe doctrinaria, la protección de los derechos humanos y de la dignidad de la persona, y la determinación de la persona como el objeto principal del desarrollo.

Por eso los jóvenes lo acompañaron hasta el final de sus días. No faltaron a su velorio y funeral tras su muerte el 22 de enero de 1982. Decenas de ellos formaron una guardia de honor alrededor de su ataúd. Fue el último testimonio de gratitud a un hombre que les enseñó a amar incondicionalmente a Chile y que les dio un sentido a sus vidas.

Eduardo Frei Ruiz-Tagle

Expresidente de la República de Chile

Reedición de la publicación de 1996

PRESENTACIÓN[1]

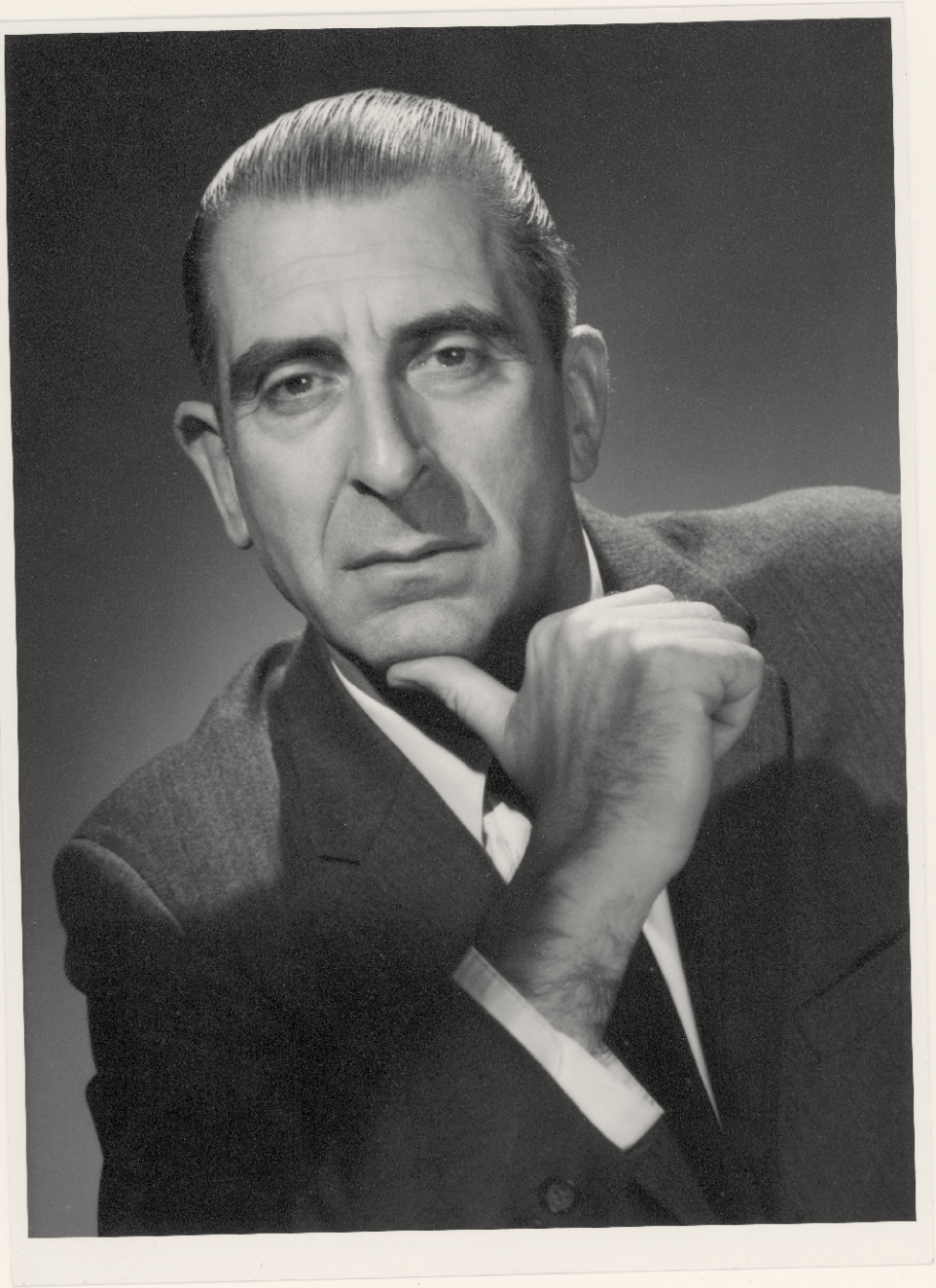
A comienzos del año 1980, un grupo de jóvenes —universitarios, estudiantes secundarios, pobladores urbanos y campesinos— tuvimos el privilegio de recibir al Presidente Eduardo Frei en la Escuela de Verano que anualmente desarrollaba la JDC para la formación de sus militantes.

En esa ocasión, Frei improvisó ante los jóvenes su visión de lo que fue el gobierno democratacristiano que encabezó entre 1964 y 1970. Sus palabras fueron grabadas en una cinta magnetofónica, que se ha mantenido hasta ahora inédita y que se transcribe a continuación.

Al hacer la transcripción, escuché de nuevo la voz serena, profunda y clara del Presidente Frei, y volví a dar gracias a Dios por el privilegio de haberlo conocido, haber compartido con él y haber recibido su mensaje.

Por eso, ahora entrego su intervención de entonces como un grato recuerdo y un valioso testimonio a sus camaradas, sobre todo a las nuevas generaciones.

Fernando Silva M.
Director Escuela de Verano 1980



Prólogo

Más allá de los afectos que concitaba su persona entre quienes tuvimos el privilegio de conocerlo, y de sus excepcionales cualidades humanas que concitaron el afecto y el respeto de millares de chilenos, Eduardo Frei Montalva ha proyectado su pensamiento y su visión del país a varias generaciones de chilenos transformándose, sin lugar a dudas, en un estadista, o en aquel tipo de hombres que algunos llaman conductores.

Pero ¿cuáles son las razones o las causas profundas que hacen que su recuerdo permanezca vivo y vigente en el corazón de los chilenos? El Presidente Frei fue un político de la coyuntura inspirado en valores profundos y en convicciones arraigadas. Abordó la solución de los grandes problemas nacionales con una visión integral, porque comprendió que los grandes desafíos que el país enfrentaba para superar la pobreza y el subdesarrollo requerían transformaciones muy vastas en la institucionalidad política y económica. Además, producto de la creciente internacionalización de la economía, era necesario visualizar nuevas formas de relacionamiento de nuestro país con el mundo.

Eduardo Frei Montalva, hace ya 25 años, incorporó como centro de sus preocupaciones el tema del medioambiente y el agotamiento de los recursos naturales. En aquella época, tal vez estos temas parecían exquisiteces de países desarrollados. Sin embargo, hoy nos damos cuenta a cabalidad de que no hay desarrollo posible si este no está sustentado en un medioambiente sano y en el respeto a la naturaleza.

Los democratacristianos no solo nos inclinamos con respeto hacia lo que fue su vida y su obra, sino que frente a los desafíos del futuro creemos que su pensamiento y su acción pueden iluminar las tareas que

tenemos por delante. Porque la vida de hombres como Frei no solo debe servir para recordar el pasado, sino para caminar hacia el futuro.

En este sentido, el alegato que Eduardo Frei desarrolló durante toda su vida política a favor de la democracia como el mejor sistema de convivencia social debe servirnos en la hora presente para continuar afianzando nuestras instituciones democráticas, perfeccionar nuestra institucionalidad y terminar con los enclaves autoritarios heredados de la dictadura.

La democracia supone separación entre los poderes del Estado, pero también que cada uno cumpla con la misión que la Ley y la Constitución le han designado. Es requisito indispensable para el funcionamiento eficaz del sistema democrático la existencia de una justicia independiente y oportuna, y que llegue a toda la sociedad chilena. No habrá una democracia estable y legítimamente consolidada mientras existan importantes deficiencias en el sistema de administración de justicia y este no cuente con la respetabilidad que se merece por parte de los chilenos.

Por otra parte, la democracia requiere también ser eficaz para resolver los problemas de las vastas mayorías marginadas si quiere consolidarse en el tiempo. Por ello es que la superación de la pobreza y la incorporación de todo el país a la modernidad es una tarea que deberá movilizar lo mejor de nuestros esfuerzos, lo mejor de nuestras capacidades humanas, para que la modernización sea un proceso integrador y no excluyente.

El mensaje de Eduardo Frei adquiere hoy más vigencia que nunca. Se trata de construir un proyecto histórico para Chile, que conduzca a una democracia real, inspirada en los auténticos valores del humanismo y que ponga término a las desigualdades, sin lo cual no será posible construir un desarrollo auténtico para todos los chilenos.

Frei es cambio sobre el humanismo. Como cristiano predicó sobre la esperanza. Convocó a agregar compromiso a esa esperanza, para así llegar a una realidad de un mundo mejor. En estos días vivimos una sensación especial, caminos que en lo judicial parecían tan cerrados e imposibles, pareciera que comienzan a abrirse a los tiempos de este mundo y a los avances de la civilización. Muchos sentimos que las instituciones y los métodos democráticos tienen en Chile un sentido especial. Buena parte de esa convicción descansa en el pensamiento del Presidente Frei.

Por eso, hoy recordamos su vida y su obra y lo hacemos del modo que nos parece mejor, ratificando nuestro compromiso esencial con el valor de la justicia, en la seguridad de que cada paso que avancemos en este caminar será, a su vez, un encuentro más cercano y vital con nuestro líder y camarada, don Eduardo Frei Montalva.

Gutenberg Martínez O.

Análisis del gobierno de la Democracia Cristiana 1964 - 1970

EDUARDO FREI MONTALVA
LA IMPORTANCIA DE LA FORMACIÓN DOCTRINARIA

La verdad es que yo tenía entendido que el desarrollo del tema lo iba a hacer don Eugenio Ortega[2] y a mí me habían invitado para que viniera a saludar a los miembros del Seminario.

Porque, generalmente, cuando tengo el compromiso de hablar, sobre todo ante un grupo de responsables como son ustedes, me habría interesado haber traído un esquema bien organizado para hacer una exposición.

En primer lugar, vine porque, a pesar de que tenía algunos problemas —estoy con uno de esos resfríos de verano que son antipáticos—, tenía interés en saludarlos y en manifestarles la importancia que le atribuyo a este tipo de seminarios, y el interés máximo que tiene para el Partido y para mí el que podamos ir formando cuadros de dirigentes suficientemente sólidos, que puedan, en el futuro, sostener la dirección del Partido.

Como estaba casi seguro de que no podría venir, les había enviado a ustedes una carta y en ella recordaba algo que oí hace muy pocos días ha-

[2] Se refiere al hecho de que, conforme al programa de la Escuela, el sociólogo Eugenio Ortega sería el encargado de hablar sobre el gobierno democratacristiano.

blando de un libro del Partido Comunista con un jesuita amigo mío, que me dijo que ellos tenían 150.000 militantes y que esperaban reducirlos a 100.000; y que de esos 100.000 la aspiración era tener 10.000 que conocieran a fondo la doctrina marxista-leninista y fueran capaces de orientar al pueblo.

Encontré bastante sabia la proposición del Partido Comunista: en primer término, porque siendo importante el número, no es fundamental. El Partido Comunista elimina gente constantemente; en estos últimos dos años ha hecho tres podas en contra del grupo de tendencia «Gramsci», y estas podas al Partido Comunista no lo debilitan, sino al revés, lo robustecen.

En cambio, nosotros muchas veces permitimos que dentro del mismo Partido se generen disidencias, no controversias ni diferencias de opinión, sino que disidencias de gente que prepara en el fondo una división del Partido. Y en eso, este debe estar muy alerta para saber cuándo hay una discusión libre, que es característica del Partido y a la cual tienen derecho todos; el respeto a la opinión de la minoría cuando hay puntos de vista mayoritarios y minoritarios. Pero otra cosa es cuando a este [el Partido] se le trata de desviar en sus bases fundamentales, y en eso los comunistas tienen razón cuando podan.

En Italia, ustedes saben, en este último tiempo Berlinguer dijo que el Partido Comunista había crecido demasiado con la expectativa de que pudieran ser gobierno y que habían llegado a tener 1.700.000 militantes; que él creía se debiera eliminar por lo menos entre 500.000 y 700.000.

Pero donde me interesa llegar con este ejemplo es a eso de los 10.000. Creo que, realmente, si el Partido tiene 10.000 personas con la formación adecuada, una visión clara, con sus ideas muy bien definidas, su programa muy bien esclarecido y su acción bien organizada, son suficientes para orientarlo.

Porque no podemos pretender que en un partido haya 100.000 personas con una formación profunda, pero los cuadros que lo sostienen, como quien dice, la oficialidad y suboficialidad que mantiene la organización requiere tener una cabeza muy bien organizada y una convicción muy bien fundada de lo que están haciendo.

Por eso yo le doy una importancia muy grande a este tipo de seminarios y, aunque sean muy insuficientes, por lo menos son un principio para ir orientando a la gente y que no actúen solo por entusiasmo, por una adhesión genérica a la causa o por un vago cristianismo que les lleva hacia la Democracia Cristiana, sino que algo mucho más sólido, más vertebrado.

La responsabilidad de gobernar de cara al pueblo

Respecto del problema concreto al que se referirá el relator[3], yo quisiera señalar algunos rasgos generales:

Primero, en este país la historia siempre la ha escrito la derecha. Curioso: don Francisco Encina, don Benjamín Vicuña Mackenna, don Diego Barros Arana; en general, siempre la derecha ha tenido historiadores para contar la historia de Chile a su gusto y sabor.

Naturalmente, en el siglo XIX era lógico que escribiera la historia don José Victorino Lastarria, a pesar de que era considerado izquierdista para ese tiempo; o que la escribiera don Isidoro Errázuriz; o que la escribiera don Crescente Errázuriz, o que la escribiera don Diego Barros Arana, u otros como ellos.

Pero nosotros, en el futuro, tenemos que defendernos de que nuestra historia la escriban nuestros enemigos; y nosotros debemos conocer nuestra propia historia. Algo se está haciendo por primera vez en esta materia con los trabajos que se han iniciado a través del ICHEC[4], bajo la inspiración de los institutos del Partido: especialmente un grupo de historiadores han escrito algunas cosas importantes.

[3] Eugenio Ortega.
[4] La alusión tiene que ver con el grupo de historiadores que trabajó bajo la dirección de Claudio Orrego.

Era la primera vez en la historia de Chile que, antes de llegar al gobierno, se preparaba un programa.

Características del gobierno DC

Elaboración del programa

Yo creo que era la primera vez en la historia de Chile que, antes de llegar al gobierno, se preparaba un programa. Ustedes saben que se comenzó con un Congreso de Profesionales; después esto se amplió y se trabajó prácticamente durante dos años y medio en la elaboración de un programa en el cual intervinieron algo más de 3.000 personas, incluso con gente no democratacristiana. En ese tiempo, Álvaro Marfán, que dirigió este trabajo, no había entrado al Partido. Y así, había otras personas, como Jorge Ahumada, que es el gran inspirador de todas estas etapas del Partido y que nunca fue un DC, sino amigo nuestro. Creo que era un hombre, sin duda, muy excepcional, que dejó un librito que fue un reflejo del programa, que se llamó *En vez de la miseria* [5], obra que yo les recomiendo a todos los que quieran entender ese momento.

Este laboratorio del programa fue muy largo, difícil y amplio, porque hubo Congresos que se hicieron en Valparaíso, Concepción, Temuco. En distintos puntos del país se llamó a la gente en todas las especialidades: en el plano agrícola, obras públicas, en el plano de la minería, relaciones internacionales, en el plano de las reformas constitucionales, estructurales, etcétera.

Cada uno de los sectores, dicen, llegó al «Libro Azul» que fue el programa. No fue un programa como siempre se hacían. Yo redacté el de don Juan Antonio Ríos, así que conozco cómo se hacían en ese tiempo. A raíz del apoyo a Juan Antonio Ríos, comprobaron que no había programa y

[5] Ahumada, Jorge, *En vez de la miseria*. Editorial del Pacífico, Santiago. Primera edición, 1958.

había que hacerlo. Yo me senté a la máquina e hice un programa en una hora y media. Pero eran generalidades sobre la democracia, el respeto a los derechos, sobre la libertad, la transformación social, etcétera.

Por eso yo digo que la nuestra fue la primera vez, no porque antes no hubiera programa, sino porque eran de cuatro, cinco o diez páginas. Pero aquí se trata de un programa en que se especificaban los objetivos y los métodos para alcanzarlo. Eso es lo primero que yo creo que es característico del gobierno nuestro y que fue presentado al país en forma orgánica.

Por eso siempre encuentro que una de las mayores mentiras que lanza la derecha es que nosotros los engañamos, que yo, personalmente, los engañé; porque ellos votaron y, sin embargo, a pesar de eso, nunca estuvimos con ellos.

Ustedes recordarán que este programa fue publicado ante el país, presentado ante el país, no solo como un hecho publicitario, sino en reuniones que se verificaron prácticamente en todas las provincias de Chile y en diversos sectores.

Por ejemplo, en el [Teatro] Caupolicán hubo reuniones de los sindicatos, de la juventud, de las mujeres, de todo hubo, de los militares en retiro, etcétera, y en cada uno de los sectores se fue planteando, con los campesinos, con los pobladores, qué era lo que nosotros pretendíamos hacer en el gobierno si éramos electos.

Las tareas que nos propusimos

El segundo elemento fue que, llegados al gobierno, tratamos de cumplir el programa. Yo les pediría a ustedes, si se interesan, que lean el mensaje que yo entregué al Congreso el 21 de mayo de 1970[6], en el cual afirmé que, prácticamente, nosotros habíamos cumplido mucho más del 80 % o el 85 % del programa. Comparando, lo que dijimos y prometimos es lo que hicimos.

Fundamentalmente, qué es lo que prometimos: una transformación en que alcanzáramos, simultáneamente, un desarrollo económico ante el estancamiento en que estaba el país, y un desarrollo social-sindical. Ahora, en qué se tradujo esto: en el plano del desarrollo social, en un plan de Vivienda que nosotros ofrecimos. Quisiera ser exacto, me parece que 350.000 viviendas en seis años, o 360.000. Nosotros, al final, hicimos en viviendas nuevas alrededor de 270.000. Ahí, en el mensaje, están todos los datos exactos por si acaso me equivoco en unos puntos o en una coma. Pero, además, nosotros habíamos hecho una gran cantidad de soluciones habitacionales, porque además de las casas hicimos también la «Operación Techo», la «Operación Sitio» y los programas de autoconstrucción.

Para comparar esto es necesario decir que este gobierno, en casi siete años, no llega a las 160.000 viviendas. O sea, esta gente, que se las da de una eficiencia total, en comparación con el conjunto de lo que nosotros hicimos, tomando todo lo que han hecho, realizamos algo más del doble de lo que hicieron ellos en seis años.

En la parte Salud, también podrán encontrar ahí, ustedes, el aumento enorme de camas de hospital, la construcción de numerosos hospitales. Podría comenzar desde Arica, Antofagasta, el hospital de Coquimbo, el

[6] Mensaje al Congreso Nacional, 21 de mayo de 1970.

hospital de Ovalle, y así podría seguir a través de todo el país. Enseguida, también en Medicina iniciamos la intervención de las comunidades en la administración de la Salud, y una descentralización del Servicio de Salud para darle mayor eficiencia. Y los resultados se han medido en una disminución violenta de la mortalidad infantil, de la morbilidad, etcétera. En distintos planos se puede reflejar este esfuerzo que hicimos en Salud.

El otro gran plan de desarrollo social inicial fue, como ustedes saben, el Plan Educacional, en donde, desde luego, cambiamos el sistema y subimos de seis a ocho años la Escuela Básica, dejando cuatro años de la Escuela Media y el ingreso a la Universidad. Logramos una matrícula que, en su tiempo, llegó a una cifra superior al 97 % de la gente apta en Chile, que fue considerado por la Unesco como un récord y que fue presentado como un ejemplo mundial del esfuerzo de Educación.

Disminuimos, cosa muy importante, la deserción escolar en los primeros años. Aumentamos enormemente la Educación Media. Siento no saber que iba a ser yo el relator de nuestro propio gobierno, para haber traído los datos respecto de lo que hicimos en materia de Educación Media y en establecimientos educacionales, que es muy impactante. Luego puedo remitirlos a algún documento donde están todas las cifras y no hacerles perder el tiempo en detalles.

Y, por último, en la Educación Técnica, en la Educación Superior; lo que hicimos en Inacap[7], como la Educación Profesional para los Trabajadores y muchas otras iniciativas que seguramente se me escapan.

[7] Fundado inicialmente como Instituto Nacional de Capacitación el 21 de octubre de 1966, como iniciativa de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo) y el Servicio de Cooperación Técnica (Sercotec), para entregar educación técnica por medio de centros de capacitación.

Desarrollo comunitario

No hay que olvidar que hasta que nosotros llegamos al gobierno, en Chile prácticamente no existía la sindicalización campesina, como que había un total de campesinos sindicalizados que no llegaba a 4.000, porque estaba prohibido a pesar de que habían dirigido al país el gobierno del Frente Popular, el de Ibáñez, un gobierno socialista, ninguno de ellos dio el paso de permitir la sindicalización campesina.

Nosotros no solo lo permitimos, sino que creamos una Ley de Organización Campesina que, a mi juicio, tuvo un éxito extraordinario y que, además, financiaba a aquella en forma oficial, lo que permitía la formación de cuadros y la capacitación de dirigentes; y permitía que estos pudieran realmente consagrarse al trabajo de conducir a la masa campesina desorganizada. Porque no basta decir que aquí hay una ley que permite sindicalizarse, sino que se necesita entregarles los instrumentos para que esa ley sea operante.

Seguidamente, en el sindicato industrial, las cifras son muy claras. Se duplicó en seis años el número de obreros sindicalizados en todo el país.

En tercer lugar, se llegó a fondo en la organización popular, a través de las Juntas de Vecinos, cuya Ley de Promoción Popular y Juntas de Vecinos nos costó prácticamente cinco años sacarla, y la obtuvimos cuando terminaba el gobierno, con la oposición conjunta de la derecha y de la izquierda, pues estimaban que era políticamente una fuerza enorme para nosotros.

Enseguida, iniciamos la organización de los Centros de Madres, que no llegaban a 500 en Chile y, ustedes saben, alrededor de 10.000 funcionan en todo el país con gran autonomía. Ese objetivo fundamental nuestro

pretendía crear la organización popular como base para alcanzar la participación del pueblo. Por eso había que organizar a los trabajadores, organizar las Juntas de Vecinos y organizar los Centros de Madres, para que la mujer entrara a participar y de allí saliera una clase dirigente, lo que, yo creo, se conquistó en forma realmente amplísima.

El otro aspecto en el cambio social fue la Reforma Agraria, que no vale la pena que yo ahonde e insista en ella, pero como ustedes saben, el papa, al referirse a Chile, nos ha dicho que la Reforma Agraria de Frei es la mejor que se ha hecho en el mundo. Creo que el papa tendrá sus razones y yo creo que esa expresión es bastante valedera, al margen de quien la pronuncia.

Esto es en el aspecto social internamente en Chile.

Desarrollo económico

El otro objetivo era el desarrollo económico. Era nuestro convencimiento, como lo es hoy día, para mí fundamental, y para todos, que no hay desarrollo social si no hay progreso económico serio. Porque distribuir lo que no hay o lo que está estancado conduce a la inflación y a despertar expectativas que no se pueden satisfacer. Si uno quiere realmente transformar socialmente un país, no puede hacerlo sin que vaya esto acompañado de un gran esfuerzo de creación económica.

Esta es la tesis comunista. Por lo demás, los comunistas se jactan de que ellos invierten más que ningún país capitalista, le dan la preferencia más absoluta a la inversión. Pero nosotros sabemos muy bien cuál ha sido la política y planes institucionales y a qué sacrificios fue sometido por Stalin el pueblo ruso, con millones de muertos en esa primera etapa, porque había que entrar a la etapa del desarrollo del acero, de la industrialización, etcétera, ante la cual había que sacrificar todo.

Yo creo que, en la economía, en la vida moderna, hay ciertas cosas que ya no son propiedad ni de los capitalistas ni de los comunistas. Por ejemplo, el régimen bancario comunista es más ortodoxo, desde el punto de vista capitalista, que Nueva York o que Londres, y los bancos rusos en Europa son mucho más clásicos y ortodoxos en su operación financiera que los capitalistas.

Hay ciertas cosas que valen lo mismo para un comunista que para un capitalista, para un democratacristiano que para un liberal o para quien sea, porque el que no se atiene a ciertas reglas objetivas, científicas, fracasa. Por eso nosotros le dimos mucha importancia al desarrollo económico.

Ahora, en qué consistió este desarrollo económico: fundamentalmente en hacer una Reforma Agraria —que es lo más difícil que hay en el mundo—, pero simultáneamente no disminuir la producción agraria. Y creo que esto era muy complicado. Sin embargo, como ustedes saben, la cota tradicional de crecimiento de la producción agraria en Chile, en los últimos 30 años y en este gobierno, ha sido del 2 %. En los seis años nuestros fue de un 4,9 %, lo que quebró el estancamiento tradicional. Esta cifra es el resultado no solo nuestro, sino que de un estudio que han hecho los economistas agrarios de la Universidad Católica.

Industrialización

El segundo objetivo era un proceso de industrialización, creando nuevas bases en Chile. De ahí nacieron las dos plantas de celulosa que hoy día han entrado a producir y de las cuales se jactan tanto ahora por haber aumentado la exportación de esta materia prima. Incluso, la propia gente parece haber olvidado que la planta de Arauco fue iniciada, construida y terminada en el gobierno nuestro, y la planta de Constitución fue comenzada, que es lo más difícil: hacer los proyectos, hacer los contratos, traer los capitales, fomentar, etcétera.

Enseguida, iniciamos su construcción y prácticamente faltaba un año para terminarla, porque la planta estaba en más de un 80 % terminada. Desgraciadamente, el gobierno de la Unidad Popular no aprovechó estas dos plantas, y esta gente se encontró con las dos instalaciones listas y comenzó a producir, y esta es la causa de su orgullo en la producción de celulosa.

Iniciamos, asimismo, una etapa de fomento de la industria petroquímica, en las refinerías de Ventanas, de Concón y la de Concepción. Ampliamos la industria metalúrgica y reorganizamos la industria automotriz, y se produjo una gran expansión en la industria electrónica, etcétera. Simultáneamente, hicimos el gran desarrollo minero, para lo cual nacionalizamos el 51 % de las acciones de la propiedad de la Gran Minería del Cobre, lo que significa, en cualquier parte del mundo, el 51 % del control. Por lo demás, retomamos los directorios y, en consecuencia, la gestión de estas compañías.

Pero, cuando nosotros nos hicimos cargo del gobierno había una crisis muy grave en el cobre, porque se había agotado este tipo de cobre y había que hacer un proceso para depurarlo y había que transformar la planta. Obviamente, la planta no podía seguir trabajando, estaba agotada la mina que se estaba explotando. Entonces, junto con expropiar, las compañías se comprometieron a un plan de desarrollo del cobre que significaba prácticamente duplicar la capacidad de producción y también cuadruplicar la capacidad de refinación del cobre.

Este plan costó, en dólares de ese tiempo, alrededor de unos 700 y tantos millones de dólares, que al precio actual serían unos 1.800.000.000 o 1.900.000.000 de dólares. Y, entre otras cosas, el precio que pagamos fue la expropiación. Las compañías no podían sacarlo de Chile, sino reinvertirlo. Además, se creó la Compañía Minera Andina, al norte de Los Andes. Estas plantas de cobre y esta operación se terminaron antes de que terminara el gobierno y fueron inauguradas con la transformación completa. En consecuencia, nosotros le entregamos al gobierno una industria del cobre grande, con capacidad prácticamente de 900.000 toneladas. Desgraciadamente, en la Unidad Popular hubo tal desorden que nunca llegaron a más de 600.000 o 650.000 toneladas. Esto, en rasgos generales, fue el mejoramiento de la infraestructura física del país.

Yo, lo único que quisiera decir es que, en materia de cambios, de aeropuertos, puertos, etcétera, nunca se ha hecho más en este país, en ningún gobierno, ni siquiera en una proporción parecida. Si tuviera aquí el mensaje podríamos ver los aeropuertos que se hicieron durante este período, desde luego el de Concepción, desde luego el de Los Ángeles, desde luego el de Temuco, Aysén, la ampliación enorme del de Punta Arenas, la terminación de Pudahuel, etcétera. Solo en aeropuertos. Para qué decir en caminos, en materias portuarias y otras. Nosotros mejoramos en una forma inusitada toda la estructura física del país. Al mismo tiempo, como ustedes saben, hicimos una escuela nueva por cada día y medio de gobierno. E iniciamos el Metro.

Por lo tanto, nosotros creemos que el objetivo del desarrollo industrial, minero y agrícola lo conseguimos y que eso hizo posible el desarrollo social y la mejor redistribución del ingreso, capítulo que solo nombro, pero su importancia ustedes la pueden comprender mejor que yo. Este fue el deber.

Ahora, ¿qué debilidades veo yo?La primera: no tuvimos una suficiente fuerza como Partido y como fuerza social para poder imponer el total de nuestra política económica y controlar la inflación. La verdad es que nosotros nos hicimos un plan en el cual podríamos haber controlado la inflación, y a pesar de que nosotros recibimos el gobierno de Alessandri con una inflación superior al 50 %, el primer año la pudimos reducir a menos del 17 % y logramos mantenernos los cuatro primeros años en tasas inferiores al 20 %. Los dos últimos años ya se nos escapó; no sé si el cuarto, quinto y sexto, para terminar en una cifra aproximada, como ustedes saben, de un 30 %.

Ahí, el Partido no tenía una clara conciencia del problema técnico; y no tenía, en las organizaciones sindicales, suficiente fuerza y suficiente comprensión para haber podido obtener un consenso nacional en un pacto social, que nos hubiera permitido, en realidad, un control más eficaz de la inflación.

Quisiera señalar aquí, como un hecho importante —y es una de las cosas que más me sorprende— que en el gobierno democrático nuestro, y en los dos anteriores, el poder de los sindicatos era muy grande, pero era un poder absolutamente reivindicacionista. Todo sindicato se jugaba alrededor del pliego de peticiones para obtener ventajas, y no había ninguna madurez en el mundo sindical para entender que el gobierno estaba interesado en una política económica que les permitiera dominar la inflación, que es una condición previa para una buena redistribución del ingreso. Dentro del proceso inflacionario, inevitablemente el asalariado: el salario estaba, si no perdido, por lo menos profundamente afectado.

En segundo lugar, el Partido también, que estaba recién llegado al gobierno, no tenía experiencia, se asustaba cuando veía las huelgas, creía que el diario *El Siglo* era el que señalaba si nosotros éramos populares o no. La izquierda tenía el privilegio de decirnos «Esto que hicieron es popular» y «Esto que no hicieron es antipopular».

Vivíamos un poco asustados, porque no teníamos una conciencia clara de lo que era el desarrollo económico y social del país y, en consecuencia, el gobierno se encontró con que muchas veces era el propio Partido el que había imposible la aplicación de su política. Por eso, a mi juicio, se produjeron debilidades que llevaron a que el programa, en cuanto a la inflación, no lo cumplimos.

Después hemos visto las tasas de inflación de los gobiernos anteriores, que han llegado a los ochenta y tantos por ciento. Por eso me llamó la atención que Alessandri, al que en los primeros años le fue muy bien, llegó en los últimos años a tasas muy superiores a las nuestras. En todo caso, en los últimos gobiernos, nosotros alcanzamos las tasas más bajas, pero esto no es suficientemente satisfactorio como para justificarnos, pues, cuando hay un mal fundamental y uno no es capaz de tener la fuerza para corregirlo, no se puede dar por satisfecho con lo que se hizo.

En el último capítulo quisiera señalar la acción internacional del gobierno.

En primer lugar, no hay ninguna duda de que a nosotros nos favoreció enormemente el triunfo. La verdad era que por primera vez un presidente de Chile hacía un recorrido por Europa —como ustedes saben, Italia, Francia, Alemania, Inglaterra—, donde, la verdad, hubo una recepción única en la historia del país.

Posteriormente, yo tenía proyectado ir a Estados Unidos —ustedes saben que en el Congreso se unió la derecha con la izquierda para no darme el pase— y posteriormente a Rusia, donde tenía una invitación formal reiterada que consideré inoportuno aceptar después de lo que había pasado en el Senado.

Pero el principal objetivo nuestro cuál fue: primero, restablecer relaciones con todos los países del mundo. O sea, este fue el gobierno que tuvo relaciones con Rusia, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumania: abrimos el país. La segunda cosa fue tratar de diversificar nuestra relación con el mundo, para lo cual intensificamos nuestras relaciones con Europa como un punto de equilibrio en un solo camino en este ámbito. En tercer lugar, y lo que fue más importante, el esfuerzo considerable por la integración latinoamericana y, en especial, la creación del Pacto Andino, que hoy día se ve tan justificada por la actuación del mismo pacto.

Este pacto se generó en Santiago, como ustedes saben, en reuniones con el presidente de Colombia. Después se consolidó y ya se hizo oficial en la reunión de presidentes de Bogotá. Y después siguieron las tramitaciones, hasta que se restableció la Junta de Cartagena, el Pacto Andino en el Perú y el Banco de Fomento. Y se consolidó esta creación política que, yo creo, es la más importante que se ha hecho en América Latina en los últimos setenta años, sin discusión alguna, porque es la unión de todo el Pacífico frente a las costas de Brasil y Argentina.

Esto es, en rasgos generales, lo que nosotros hicimos.

Pareciera que aquí hay una cosa muy curiosa: a los gobiernos democráticos se les pide que en seis años lo hagan todo, en cambio Fidel Castro ya cumplió veintitantos años y sigue diciendo que está en el comienzo, y no ha hecho ningún progreso subvencionado por Rusia. Como ustedes saben, sin esto no sería posible ni siquiera la existencia de este gobierno.

Rusia ya va para los 70 o 72 años y, sin embargo, siguen ellos pidiendo tiempo. En cambio, el gobierno de la Democracia Cristiana, querían que en seis años hiciera todo. Yo creo que nosotros echamos las bases para una transformación profunda del país, dentro de una filosofía de participación y de organización social, de extensión real de la democracia y profundización de la misma. Pero necesitábamos por lo menos dos períodos más para haber consolidado, ampliado y realizado una obra que se estaba iniciando. Desgraciadamente, como ustedes saben, el país no respondió a esta sugerencia y no continuó la experiencia democratacristiana.

Lecciones para el futuro

¿Qué lecciones sacaría yo para el porvenir?. La primera y más fundamental: no puede de nuevo el Partido llegar al gobierno en las mismas condiciones que el año 1964. En primer lugar, no puede haber una relación gobierno-partido como si fueran dos entes: el gobierno aquí, el partido acá. El Partido, un poco en oposición con el gobierno.

Pero eso no puede volver a suceder. El país no lo tolera. Sobre todo, después de la experiencia, de lo que ha pasado [con] el gobierno anterior. Los militares, el país, no van a aceptar este tipo de incongruencias en

la democracia. Esta gente tiene mayores inconsistencias, no hay duda, pero este tipo de desatinos en que ven que el Partido no está íntimamente ligado sosteniendo la tarea del gobierno, yo creo que eso el país no lo resiste.

Segundo, yo creo que la organización del Partido y su tarea tienen que estar mucho más explicitadas, y que el Partido ha madurado enormemente. Hay que pensar que [en] el Partido, cuando yo fui elegido senador el año 1949, había un senador y tres diputados. Cuando fui candidato, el año 1958, no había diez diputados democratacristianos, y yo seguía siendo el único senador, porque Radomiro ya había terminado su etapa, ya que fue elegido en una elección complementaria.

Entonces, un partido que, prácticamente, tres o cuatro años antes, tenía diez diputados y uno o dos senadores, era un partido que no tenía madurez; la evolución necesaria para comprender lo que significaba hacerse cargo de un país. No se olviden ustedes de que los liberales y conservadores venían desde el año diez, y los radicales prácticamente comenzaron a intervenir en política chilena desde el año sesenta. Ellos llegaron al país... antes habían conquistado la educación, la administración pública; estaban introducidos en el país.

La Democracia Cristiana fue un movimiento con una juventud de renovación de ideas, gente nueva. Los 62 diputados que tuvimos, prácticamente ninguno de ellos había sido dirigente sindical, no tenían experiencia sindical ni experiencia universitaria. Fue la irrupción de una nueva corriente. El Partido ha madurado, ha reflexionado respecto a las responsabilidades que tiene, a lo que se hizo y lo que hay que hacer. En consecuencia, la conclusión que debemos sacar es que somos un Partido con una gran disciplina, con una gran visión nacional no partidista. Tenemos que sacar lecciones de lo que somos y de lo que debemos ser. Eso es lo importante. Se trata de tener las ideas, de tener un programa y eso es lo que el país espera de nosotros.

Camino a la democracia

Hay que tener conciencia de una cosa: este país no tiene salida si no es con la Democracia Cristiana; no hay que engañarnos respecto de eso. Y esto, yo creo que lo reconoce todo el mundo. Si aquí en Chile puede haber democracia, es si la Democracia Cristiana es capaz de realizarla. No digo que seamos los únicos. Pero creo que el país no va a aceptar un gobierno con los comunistas, no lo va a aceptar.

Esta es una realidad, no entramos a la discusión doctrinaria, pero si mañana nosotros decimos «Aquí va a haber un gobierno democratacristiano-comunista», yo creo que en ese momento la mitad de la Democracia Cristiana, a lo menos, se hace a un lado; y la mitad de la gente que está en la Oposición, contra el gobierno, también se hace a un lado de nosotros. Así que no es cuestión ni siquiera doctrinaria, es ver cuál es la realidad del país. El socialismo es una montonera nihilista en que aparecen tendencias leninistas, tendencias maoístas y anárquicas.

¿Con quién se entiende uno? ¿Cuál es el baluarte de la democracia hoy en Chile? ¿Cuál es el partido capaz de generar un camino, un programa, una visión democrática de Chile?

No hay otro y yo creo que lo reconocen todos, que es unánime. ¿Por qué el gobierno nos ve como sus enemigos principales? Porque cree que, si no estamos nosotros, no hay alternativa frente a ellos. Entonces, la responsabilidad que tenemos es muy grande, mucho mayor que el año 1964. Porque en ese mismo año, el país estaba encarrilado en una forma de gobierno democrático con todos sus defectos; y habría seguido, pero ahora hay que restaurar la democracia y proyectarla hacia el porvenir.

Alrededor de la Democracia Cristiana hay una alternativa, y si no está esta, no hay alternativa.

Ahora, nosotros vamos a tener que buscar consenso y buscar socios, pero no nos engañemos, que es alrededor nuestro donde hay la única expectativa de resurrección democrática de este país. Y la única expectativa de salir de esto —y no como dicen «salir de Guatemala para caer en Guatepeor», que es una de las tragedias que le puede pasar al país, ¿no es cierto?—, esa es la responsabilidad nuestra y no se asume con un estilo de ligereza.

Creer que es cuestión de hacer firmar los registros, de hacer un poquito de asambleísmo, de ser activista político en el sentido copucha, del que está mejor informado, que el ministro dijo tal cosa, que el presidente, que estuve con Zaldívar, que saludé a Frei... así no se hace un partido. Un partido se hace si acaso nosotros tenemos una claridad muy grande en las ideas que permita orientar al Partido a fondo, y que esa claridad en las ideas se proyecte en un programa para el país, en la coyuntura y a mediano plazo, con vida larga; pero un programa completo y, enseguida, la capacidad de sostenerlo. Y eso no es solo un problema de ministros, de jefes de servicios, de intendentes, de gobernadores, es decir, del cuadro administrativo, sino de un gran cuadro ideológico y político que sostenga y que comunique a ese gobierno con el país, y que sea capaz de inspirar una tarea.

La Democracia Cristiana fue un movimiento como de juventud, de renovación de ideas, pero era gente nueva. Si yo repaso los 82 diputados que nosotros tuvimos en la famosa elección del año 1965, prácticamente ninguno de ellos había sido, salvo uno o dos, a medias, dirigente sindical. No tenían experiencia sindical, no había gente que tuviera experiencia administrativa ni universitaria; ni en los negocios, porque no había tampoco directores, gente que hubiese estado en los bancos, como en tiempos de don Pedro Aguirre, que había tanta gente que había manejado la economía del país.

Fue la irrupción de una nueva corriente. Yo creo que hoy el Partido ha madurado enormemente. Ha reflexionado, yo espero —y creo que es así—, con respecto a las responsabilidades que tiene, a lo que hizo y a lo que hay que hacer. En consecuencia, yo creo que la lección que tenemos que sacar es la de un partido muy organizado, con una gran disciplina, con una gran visión nacional. No con esas ideas de que el presidente eligió 15.000 mil ministros, entonces yo quedo «picado» ¡porque no fui ministro!

O la pelea porque la asamblea del Partido se preocupara de que nombraran de portero de la Caja de Empleados Particulares de Concepción a un señor que dicen que es radical; entonces se armó una trifulca ahí con las autoridades del Partido. Ese partidismo estrecho es natural en gente joven y nueva en el país, que había también sufrido bastantes preocupaciones y exclusiones.

Pero tenemos que pensar en el porvenir, sacar lecciones de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que debemos ser. Eso es lo que yo creo que es más importante de este Seminario. No solo una gran formación doctrinaria, sino que un concepto de la tarea del Partido, del programa, porque no basta con tener ideas, hay que tener la idea y el programa, y el Partido: tener una organización para hacerlo operante y efectivo, y eso es lo que el país espera de nosotros.

Y con esto termino. Yo creo que es muy importante tener conciencia de una cosa. Eso es lo que nos falló a nosotros en el gobierno, en una parte, en una proporción. No digo que nos falló en un ciento por cien-

to, nos falló en un 30 % o un 40 %, porque éramos nuevos. La verdad es, también, que los ejemplos de sacrificios, de limpieza —yo lo digo cuando comienzo a recorrer los intendentes que nosotros tuvimos—, es decir, no hay uno que pueda ser tocado, pero ni con la idea de una trampita, no digamos de una acción deshonesta, no: de una eficacia de consagración a su tarea de cuadros admirable.

Tal vez lo que pasó es que tomamos demasiada gente en el gobierno para realizar la tarea administrativa y descuidamos los cuadros del Partido. Y eso no nos puede volver a ocurrir. Tan importantes son los que están en el gobierno como los que están en el Partido, que estén absolutamente ensamblados. Pero ese ensamble no se hace sobre la base de la amistad, sino sobre la base de que haya unas convicciones muy bien fundadas y muy profundas.

Eso es lo que se me ocurre decirles en esta conversación. En todo caso hay mucha documentación, y muy fácil para justificar todo lo que he estado diciendo. Y, desde luego, si alguno quiere estudiar más el período, está el libro de Molina que es bastante bueno. Y están los mensajes, donde están todas las cifras, los datos, los cuadros que aparecen justifican nuestras acciones.

Yo creo que eso es importante, porque, como hemos sido tan vilipendiados e injuriados y calumniados, con la mentira organizada por este gobierno y por la derecha, es bueno por lo menos que la gente nuestra sepa y pueda estar orgullosa del pasado y de su Partido. No para vivir del pasado, sino para poder decir: «Mire, cuando nos dieron la oportunidad, así actuamos», así que tenemos derecho a ser oídos por el país en un momento como este.

Eduardo Frei entró, indudablemente, en la Historia de esta nación y de América en el aciago día de su muerte

Frei entra en la Historia

Homenaje de Jorge Millas

Cuando muere un gran hombre suele decirse que ha entrado en la Historia. Es una forma de consuelo, porque de algún modo la Historia es tiempo sin transcurso y prevalece sobre la muerte. Es también un gesto de exaltado, aunque dudoso, homenaje. La Historia tiene mucho del Olimpo politeísta, con hombres lavados de humanidad, es decir, de culpa, y convertidos en modelo. Modelo a menudo inútil por lo legendario para seres como los vivos, que ni siquiera saben ser humanos y que, aun en la elección de sus modelos, frecuentemente se equivocan.

La entrada en la Historia es, por supuesto, independiente de este error. Ella está determinada por la fuerza de los acontecimientos y por la avidez de identidad y de explicación narrativa que tienen la memoria y la imaginación de los pueblos. El error reside más bien en el mal uso del panteón histórico, en donde adquieren fuerza persuasiva tanto el bien como el mal, tanto lo útil como lo inútil para la tarea de proseguir la vida.

Eduardo Frei entró, indudablemente, en la Historia de esta nación y de América en el aciago día de su muerte. Y entró para ser desdibujado no solo por la leyenda y su mascarilla de oro, sino, además, por la ciencia histórica del futuro. Pero entró también para ser conocido y admirado por otras generaciones en aquello que ni la leyenda ni la ciencia alcanzaron a desfigurar con sus retoques cuando se trata de un modelo de humanidad verdadera.

Sin embargo, la Historia es, de todos modos, un mausoleo que hieratiza y aleja a los grandes hombres, aun a aquellos que como metal radioactivo pueden seguir generando energías precisamente cuando su cor-

poreidad física se desintegra. Y esto podría no preocupar allí donde la vida sigue un curso plácido, abierto en suelo seguro por vivientes que han logrado asentar firmemente el valor de sus valores. Pero sí habría de inquietar, y aun angustiar, a una comunidad de hombres que ha extraviado su rosa de los vientos y marcha a tropezones por vericuetos de sinrazón inextricable, llevada hacia rumbos ficticios, apenas aptos para disimular el extravío. Tal es, precisamente, el caso de los chilenos en el momento en que el mejor de ellos, tomada cívica y moralmente la expresión, se encamina hacia la Historia y deja de ser el conciudadano que compartía su estupor y sufrimientos.

Para verlo, no es necesario hacer el recuento y estudio de cada una de las vicisitudes que nos han puesto en esta situación. Si se tratare de mostrar a otros la veracidad de nuestra percepción o de defendernos nosotros mismos de los ardides de la retórica encubridora y exculpadora, pudiera requerirse tal recuento, mas no para convencernos de la fidelidad de nuestra memoria ni de la claridad de nuestra experiencia cotidiana. Ellas no pueden ser desmentidas en nombre de ningún orden que oculte al que esconda la descomposición interna de los espíritus, de ningún sistema de convivencia forzosa que anule ese mínimo de convivencia racional y espontánea que necesita una sociedad no falsificada.

Es esto lo que súbitamente se hizo conciencia aguda para cientos de miles de chilenos al escuchar la noticia. Eduardo Frei había muerto, y nos hallábamos de pronto privados de un modelo no legendario, no histórico, sino real y humanísimo de entereza, dignidad, responsabilidad y pensamiento.

Nos veíamos de pronto a merced de cuanto nos sucede, sin esa encarnación de virtudes democráticas que fuera el pensador y gran ejecutor de la política chilena y americana de los últimos 30 años. En tales circunstancias, verlo entrar en la Historia y disponernos a honrarlo en ella era, con lo inevitable del hecho, un suceso inquietante, porque si de ese modo se enriquecía la Historia, también se empobrecía nuestra vida nacional.

Frei: escritor político

Pero en aquella misma hora de congoja se produjo un efecto inesperado: sentir las gentes que el pesar no las enmudecía, y, al contrario, les fortalecía la voz, y que una corriente de nuevo vigor sacudía los espíritus más desesperanzados. La conciencia de que un hombre como Eduardo Frei había sido posible entre nosotros y que una empresa de política humanista y unitaria como la suya había podido llevar adelante en medio de las vicisitudes de los tiempos actuales, la vieja faena nacional de construir una democracia, esa conciencia, digo, nos daba nuevos bríos. Eduardo Frei entraba en la Historia, pero no teníamos que esperar que desde ella nos animara como un mito. Habíamos sido sus conciudadanos en una república en donde disentir era un modo de ser persona y en donde gobernar y ser gobernado eran funciones complementarias e intercambiables. Es decir que la democracia, convertida casi en ilusión pecaminosa por la prédica de estos años, había sido una realidad y no un sueño. Súbitamente, la conciencia pública, con la desaparición del estadista y en la propia sensación de irrealidad en que nos sume la muerte, volvía a la realidad y se daba cuenta de que, después de todo, lo verdaderamente real puede estar en el bien perdido y en la esperanza de recuperarlo.

En esta noche nos hemos reunido muchos de los escritores de Chile para evocar la memoria de quien fuera miembro de nuestra Sociedad, a la par que protagonista de la vida política chilena durante varios

decenios. Sin embargo, sería no entender la literatura suponer que cuando se habla de ella solo se ha de hablar de letras. La literatura es mucho más que las letras. Por las letras se pasa hacia la realidad dicha por ellas, hacia la visión del escritor que escribe para ayudarnos a ver o siquiera para asegurarse él mismo de que no está viendo visiones. Por eso, cuando, a propósito de la literatura, no se habla sino de las letras, es porque se trata de la letra muerta.

Eduardo Frei fue un escritor político, y en gracia de ello podemos seguir viendo cuanto él vio y pensó de la realidad política. Tan vivas son sus letras que no necesitamos preocuparnos de ellas, porque más nos interesa el espíritu del escritor. De entre sus libros surge el demócrata ejemplar, para quien la democracia es un esfuerzo permanente de acción y teoría, de pensamiento y decisión, de convivencia entre desiguales que se han impuesto el imperativo moral de igualarse en su humanidad.

Surge el hombre de espíritu culto, el civil realmente civilizado, que reconoce en la libertad integral una hazaña del esfuerzo humano, en la democracia una invención que se está inventando siempre, porque es la única forma de convivencia política que toma en cuenta la diversidad de los hombres y la flaqueza de sus ilusiones. Surge el hombre para quien la misión de gobernar no es la de mandar y obtener sumisión, sino la de mandar y tener razón en armonía con la razón de los demás. Surge, en fin, el hombre para quien la política es una empresa intelectual y moral, pues se trata nada menos que de organizar la sociedad, medio en donde, por ser social el hombre, tienen que cumplirse todos sus afanes, desde el pan cotidiano hasta el apetito de Dios.

En buenas cuentas, pues, la obra escrita de Eduardo Frei permite encontrarnos con el pensamiento que animó su acción de gran político en esa república de hombres libres, de hombres no amedrentados, que hoy añoramos. «Política» y «políticos» son términos convertidos hoy en malas palabras. Quienes han contribuido a ello se ocultan en el hecho trivial de que el simple ejercicio del mando público es un acto político, y de que, si no se tienen ideas políticas, el mando carece de sentido. Quizás quieran decir otra cosa, tal vez que hay políticos grandes y menores, que los hay deshonestos y probos, que los hay de improvisación y de experiencia, que los hay porque aman el poder y los hay porque aman la polis. Pero como su lenguaje es, por su generalidad, terminante, los ciudadanos, o se ven frustrados en su esfuerzo por entender, o acaban en el automatismo de ceder a la presión de una frase sin verdadero pensamiento.

La política: consustancial a la propia vida

Pero no. El ejemplo de los grandes repúblicos de Chile, y entre ellos, principalísimamente el de Eduardo Frei, escritor político y político de carrera, nos muestra que la política, no solo como ciencia y como profesión, sino como preocupación permanente de los ciudadanos, es un menester a la vez necesario y digno del hombre. Porque a través de la política tiene lugar, como en toda acción de cultura, el privilegio de pensar y decidir el hombre su propio destino en este mundo. También en la política cumplimos el bíblico mandato de ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente.

Con razón, y con una razón que esperamos se restablezca en Chile sin ambages, David Owen, el político y escritor político inglés, ha recordado en un libro reciente el viejo pensamiento de que la política es consustancial a la propia vida. «Fueron los griegos de la Antigüedad —escribe Owen— los que entendieron la política como una noble profesión identificada con la ciencia misma de la vida, y los que proclama-

ron que aquella persona que se halla aburrida de la política también lo está de la vida».

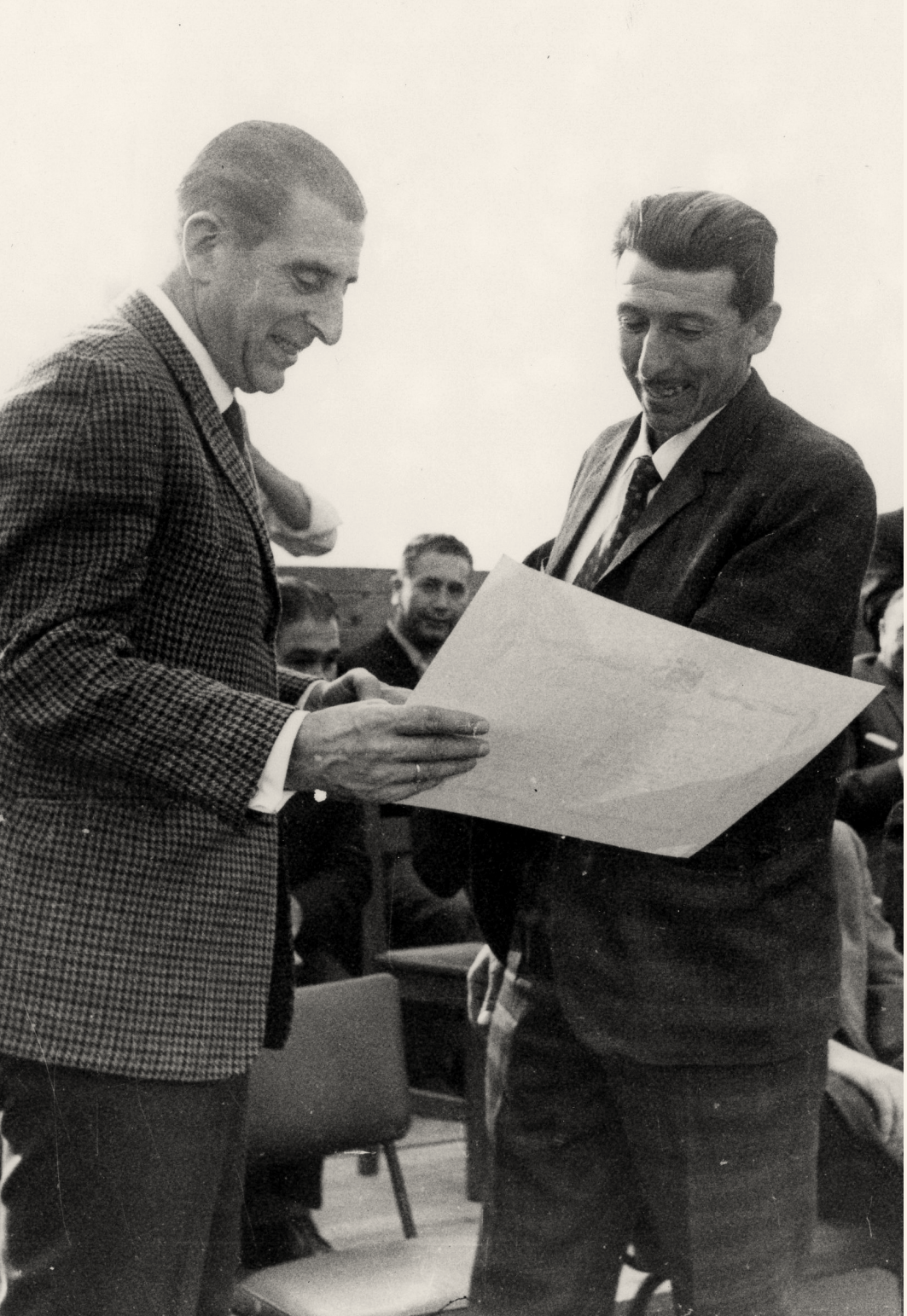
Y esto es bueno de recordar y de acentuar, sobre todo frente a quienes creen posible superar su inexorable destino político, encapsulándose en la indiferencia. Pero la indiferencia es también una opción política, porque tiene efectos políticos. Solo que es la peor de todas las opciones, tanto para el indiferente como para la sociedad y para el indiferente mismo porque, al entregar borreguilmente la reflexión y las decisiones en materia de tanta monta a la responsabilidad de los demás, enajena su propia vida. De alguna manera, a menos que pudiera escapar del ámbito social, aquella reflexión y decisiones determinarán gran parte de lo que pueda hacer y ser en el futuro. Para la sociedad misma, la indiferencia política de sus miembros es igualmente grave, siquiera por el hecho de que la sociedad se hace menos social cuando sus componentes se hacen menos personas.

Esta es, quizás, la peor secuela de las dictaduras. Porque la indiferencia en materia política solo como fenómeno individual es producto del egoísmo o del espíritu pusilánime, y achacable por tanto a la incultura moral o al temperamento de las personas. Como hecho colectivo, en cambio, tiene sus raíces en las condiciones del ámbito social y, sobre todo, en la polis o comunidad política en sentido estricto.

Una de tales condiciones es precisamente la atmósfera que generan las dictaduras. Tanto como ávidas de sumisión y halago, estas son refractarias y hostiles a la crítica. A lo más toleran la que con poca claridad lógica llaman «constructiva» para significar aquella que es solo incidental y que deja impune lo sustantivo. La indiferencia resulta así una forma de protección psicológica ante la conciencia de no atreverse o ante el peligro de no poder contener en el soliloquio la impaciencia del pensamiento. Y cuando no, es un simple fenómeno de costumbre: la acción repetida de guardar silencio, es decir las cosas a medias, de simular complacencia o resignación, de obedecer sin convicción verdadera, crea el hábito de contención que, a la postre, y también como exigencia de salud mental, conduce a embotarse en la indiferencia.

Generalizado el fenómeno, cunde un mal que es más extenso que el del mero egoísmo. Desde luego, porque el propio egoísmo, el ensimismamiento en los intereses particulares, o se profundiza con el acicate de las dictaduras cuando era una disposición natural del individuo, o se genera aun en almas originariamente generosas. Pero, además, porque el egoísmo suele seguir la insinceridad y el servilismo, que abren el camino al embotamiento moral. Junto con tornarnos apáticos, las dictaduras, convertidas en sistemas favorecen la esterilidad intelectual y la torpeza ética. La función social de promover el perfeccionamiento del hombre, como ser intelectual y moral, se ve entorpecida de raíz. Puede, entonces, contemplarse el espectáculo de muchedumbres afanosas, que van y vienen del trabajo como si este fuera una empresa en común; que ríen y sonríen comprando y vendiendo, aunque de hecho estén negociando sus almas; que entran y salen de los sitios de diversión como si en verdad tuvieran serias preocupaciones que divertir; que pasean por espléndidos parques y jardines como si en verdad tuvieran una rica vida interior. Sin embargo, en la etapa extrema del proceso, solo se trata de seres incomunicados, ajenos al bien colectivo, embotados por el hábito de la indiferencia política. Estamos en plena sociedad falsificada.

Demos por descontado, en aras de la buena observación sociológica, que estos males no son exclusivos de las dictaduras, tradicionalmente asociadas al pan y al circo populares. Algunos de ellos suelen hallarse en las democracias, porque su origen no está solo en la represión política. Pero, amén de que en las democracias el cuadro no tiene la



generalidad, ni la integridad ni la profundidad que en las dictaduras, carece también de la impunidad y fatalidad que el carácter de estas les asegura.

Todos los males de la democracia, y aun el más improbable que acabamos de describir, tienen por compensación la índole experimental del sistema, que es la índole de la vida humana misma, siempre azarosa, inventiva, renovadora de sí misma a partir del fracaso. Y para ello, la democracia cuenta con que sus miembros, si no son personas en el cabal sentido de la palabra, tienen la oportunidad de serlo, porque hay siempre abierto un amplio foro de expresión política y siempre brilla alguna forma de conciencia auténtica, que a la par recrimina e insta a lo mejor.

En democracia solo es posible el gobierno del hombre por el hombre

No nos parecía por eso extraño a los chilenos cuando, presididos por Eduardo Frei, participábamos sin amenazas ni inhibiciones en la faena de construcción y reconstrucción democrática, que al Presidente de la República le costara más esfuerzo que a ninguno de nosotros el deber de informarse, preguntar, escuchar, debatir, persuadir, valorar, ceder, decidir. Porque en esa tarea él exhibía precisamente el espíritu de la democracia.

En la fórmula de que la democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, hay otro pensamiento oculto que valdría la pena hacer más explícito. En verdad, la democracia es el único sistema en que se hace posible un gobierno del hombre por el hombre en función de los valores humanos. Ello hace que los gobernados pueden exigir respeto y que el gobernante sea responsable. Ello hace también

que la autoridad del mando provenga del asentimiento racional ante su necesidad y eficiencia, y no de la fuerza. Y que la obediencia sea un hecho de plácida convicción moral y no de temor o embotamiento.

Sostener esta filosofía política, ayudar a comprenderla a los chilenos y mostrar que ella era viable entre nosotros, en tiempos en que las vocaciones antidemocráticas —que las hay por temperamento— encontraban ambiente propicio para difundir su neurosis, fue la gran obra de Eduardo Frei, estadista y escritor político.

Y lo fue, no solo porque hubo de bregar en circunstancias adversas que, por no habérsele escuchado lo suficiente iban a tornarse trágicas. Lo fue, además, porque en su afán tan difícil de mantener las instituciones democráticas fundamentales, no vaciló en cumplir la exigencia de renovar la democracia misma. Vio con claridad de pensador y de político que, a diferencia de los regímenes adversos, la democracia no es estática. Si se inmoviliza, perece como la propia vida, de la cual es la más directa expresión política.

En la clara comprensión de este imperativo de enriquecimiento permanente, a la vera de los tiempos, Eduardo Frei puso a la democracia chilena, para ejemplo de otras democracias del mundo, en camino de renovación, llevándola a responder frente a los nuevos problemas de la sociedad de masas, de la tecnología, de la justicia social, de los desafíos económicos.

Y no importa, para juzgar su grandeza democrática, que haya o no acertado con las soluciones exactas o siquiera aproximadas. La democracia ha de repetirse siempre, es la acción política que, con participación de ciudadanos libres, se corrige a sí misma. No puede, por eso, ser juzgada o condenada a partir de ninguno de sus yerros. Lo que importa es el ámbito de valores humanos dentro del cual los aciertos pueden remplazar al error, porque el acierto y el error no se confunden con la soberbia de hombre alguno, y el error cometido es siempre susceptible de rectificación.

Por suerte, la nobleza, la soltura intelectual, la humildad ciudadana, la sabiduría política y la ecuanimidad de Eduardo Frei son todavía un recuerdo vivo y una nostalgia lacerante. Ojalá nuestra conciencia pueda agudizarlos y hacer que el gran repúblico de estos años siga a nuestro lado, a pesar de haber entrado en la Historia.

«Tenemos que pensar en el porvenir, sacar lecciones de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que debemos ser. Eso es lo que yo creo que es más importante de este Seminario. No solo una gran formación doctrinaria, sino que un concepto de la tarea del Partido, del programa, porque no basta con tener ideas, hay que tener la idea y el programa, y el Partido: tener una organización para hacerlo operante y efectivo, y eso es lo que el país espera de nosotros».

Eduardo Frei Montalva a los jóvenes: lecciones para el futuro es un valioso material histórico que recoge la conversación que el expresidente mantuvo con jóvenes militantes de la juventud democratacristiana, en enero de 1980, en pleno período militar.

En su relato, Frei Montalva supo tomar distancia de su protagonismo y analizó su gobierno desde distintos ámbitos, destacó sus aciertos y los positivos cambios que estos generaron en la sociedad chilena; también reconoció sus errores y debilidades, y delineó con lucidez el camino que debía conducir a Chile hacia el fin de la dictadura.

En 2022, a 40 años de su muerte, esta visión serena y profundamente comprometida con el rol de lo público y con el resguardo de la democracia y la libertad, es un testimonio vigente para los jóvenes que se suman a la tarea de contribuir a la construcción de Chile.

ISBN: 978-956-7684-38-0
9 789567 684380

CASA MUSEO EDUARDO FREI MONTALVA

FUNDACION EDUARDO FREI

KONRAD ADENAUER STIFTUNG